

EL ATENEO LOROQUINO.

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y DE BELLAS ARTES.



AÑO 2.º — LORCA 1.º DE ABRIL DE 1872. — 3.º TRIMESTRE — NUM. 9.

SUMARIO. III. — Filosofía de la historia, por D. ANTONIO GAYON. Un recuerdo por D. FELIPE PLA. Reflexiones sobre la importancia histórica de la Geografía, por D. TOMÁS PERIAGO. Bibliografía Cuadros contemporáneos de D. José de Castro y Serrano, por D. JULIO MELLADO. A tí . . . Adoración, por D. EDUARDO HERRAIZ. Suelos.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

III.

Conviene á nuestro objeto hacer notar las relaciones que existen entre la Historia, la Crítica y la Filosofía; esto nos producirá la ventaja de no confundir ciencias diversas, que sin embargo se prestan mútuo auxilio, y se hallan íntimamente enlazadas, mucho más si consideramos que la Filosofía no podría formar un juicio exacto sobre los hechos, si estos no fuesen descubiertos por la Historia y comprobados por la Crítica.

Además, de la confusión en estas ciencias provienen muchos de los errores que usurpando el lugar de la verdad, pretenden pasar como principios inconcusos, ó axiomas incontrovertibles. El desconocimiento de los justos límites de cada ciencia, trae consigo la confusión de ideas, y la formación de un criterio inexacto, difícil despues de desarraigarse. Cuando la Filosofía no se distingue bien de la Historia se hace casuística, que es lo peor que puede suceder; cuando por el contrario, la Historia invade el campo filosófico, más bien que una relación de hechos, es, como hemos dicho otras veces, un conjunto de opiniones, más bien que lo que pasa en el mundo, explica lo que ha pasado en el cerebro de su inventor.

Estando la Filosofía sujeta á tantos escollos, siendo tan fácil dar la moneda falsa por la buena, nunca inculcaremos bastante esta prudente división y separación de las ciencias. Acostumbrada la razón á mezclar la apreciación con el hecho, confunde á veces la verdad de éste con las hipótesis de aquella, y esto conduce en muchos casos á formarse una historia acomodaticia, que pueda ser todo menos la relación verídica de los hechos que han tenido lugar en el mundo.

Por estas razones nos permitirán nuestros lectores

señalar las diferencias y analogías que en nuestro concepto existen entre la Historia, la Filosofía y la Crítica: el conocimiento de las diferencias, nos impedirá que incurramos en deplorables confusiones; el estudio de las analogías hará que mutuamente se presten apoyo ciencias unidas con tan estrechos vínculos y destinadas á completarse.

Quien crea que estas nociones son tan fáciles que parezca ocioso insistir en ellas, recuerde que la mayor parte de los grandes errores, cuyas consecuencias han sido más funestas, han resultado de la confusión de ideas muy claras, y que apenas se concibe cómo pudieron ser desconocidas. Nuestra afirmación tiene además la sanción de la práctica. ¿Si son tan claros los límites de estas ciencias, por qué se han confundido tantas veces? ¿De dónde proviene el descrédito particularmente de la Filosofía de la Historia, sino de haber desconocido su verdadero objeto? Sirva, pues, de disculpa á la difusión, la grande importancia del asunto.

La Historia enumera sencillamente los hechos, conforme los han transmitido la tradición y los monumentos, manifiesta lo que ha sucedido en las diferentes edades; llena sus fastos con los nombres gloriosos de los genios más eminentes y trasmite á las generaciones futuras el recuerdo de los pasmosos acontecimientos que trastornaron el mundo en los tiempos pasados.

La Crítica escucha tranquila como juez imparcial y severo los testimonios de la historia: aprecia la autoridad de los testigos; mide la fuerza de las tradiciones y la exactitud de los monumentos, recoge los datos, comprueba las opiniones, se cerciora de la verdad de los hechos, y una vez concluido su maduro exámen, separa con acierto lo verdadero de lo falso, el símbolo de la realidad, la Mitología de la Historia.

La Filosofía, por último, suponiendo la verdad histórica, que la Crítica le garantiza, investiga sus causas, procura deducir sus efectos; enlaza los hechos aislados, descubriendo en ellos fines comunes; vislumbra la unidad en la variedad infinita de los sucesos, y advierte en ellos el cumplimiento de una ley social, hácia la cual gravita la humanidad en sus manifestaciones, como los planetas hácia el centro de donde reciben la luz y la fuerza.

La Historia enumera los hechos, la Crítica los analiza, la Filosofía los explica: la Historia describe, la Crítica comprueba, la Filosofía deduce: en una pala-

bra, la Filosofía es una ciencia especulativa, la Crítica una ciencia de observación, la Historia una ciencia práctica.

Seanos lícito para comprender mejor estas relaciones enumerar los principales accidentes de cada una, mostrar la extensión de su objeto, y su manera de ver y apreciar unas mismas cuestiones.

Al levantar la Historia el velo que cubre los sucesos pasados abarca con una mirada la agitación incesante de la sociedad en las complicadas relaciones de su equilibrio. Describe los primeros pueblos errantes por el desierto con sus gobiernos patriarcales, extendiéndose después por medio de la conquista, y conservando aunque alteradas de una en otra generación las primitivas tradiciones, revelación sublime de Dios a su criatura. Nos muestra las religiones en la infancia del género humano, monoteístas todas cuanto más antiguas, inficionadas más tarde del panteísmo ó del politeísmo, á la manera de los ríos, que naciendo de un cristalino arroyo ven enturbiadas sus aguas con las avenidas de las montañas que su corriente atraviesa. La historia extendiendo su mano sobre el polvo de las generaciones, nos descubre tres fases distintas de la vida de los pueblos: una en que denomina la fuerza, (*edad antigua*) otra en que prevalece el elemento religioso, (*edad media*) otra en que aspira la razón al imperio soberano (*edad moderna*.)

Registra los archivos de los siglos, y lee en sus más preciosas colecciones tres nombres que compendian la historia del mundo antiguo: Oriente, Grecia, Roma. Al rededor de estos nombres agolpa cien y cien gloriosos de ciudades y pueblos, de guerreros y héroes, de legisladores y filósofos, de artistas y poetas. Aparecen en vistoso panorama Semíramis en Babilonia, Sesostris en Memphis y Tebas, Ciro en Lidia, Alejandro en Samarcanda, Milciades en Maratón, Agamemnon en Esparta, Epaminondas en Leuctres, Pericles en Atenas; mientras que sublima las glorias de estos pueblos el arte con sus pirámides y obeliscos, con sus estatuas y sus templos, la poesía con sus cantares de gloria, expresados en el lenguaje divino de los dioses, y la filosofía investigando los arcanos de la naturaleza, é inventando profundos sistemas, admiración de los siglos venideros, los cuales tejerán una corona inmortal para honrar la memoria de Fidias y Praxiteles de Píndaro y Homero, de Aristóteles y Platon. Tras la molición asiática y la democracia griega nos muestra un pueblo gigante que fija su planta de hierro en la república aristocrática de Anibal y en la democrática de Solon, que baña su cabellera en las aguas del Rin y del Danubio, y extendiendo una mano hasta el Caspio, señala con la otra el sendero del mar hiperbóreo: que unce á su carro glorioso á Massinisa el Númida, Mitrídates el pónico, Vercingetorix el galo, Perseo el Macedonio, Asdrubal el Cartaginés, Critolao el griego, Boyorix el cimbrío, y tantos otros vencidos en cien y cien combates; y que llevando la triple corona de la ley, de la unidad y de la fuerza, pierde la primera ante la sublime predicación del Cristianismo, y las restantes al empuje vigoroso de las hordas bárbaras que auventando el imperio temporal de la ciudad eterna, bambolean el naciente poder de la sultana de dos mares.

Cambiando la decoración, nos señala un humilde nazareno predicando una nueva doctrina, y sellándola con su sangre preciosa: sembrada en Jerusalem, echa sus raíces en las catacumbas, su tronco en la ciu-

dad de los Césares, sus ramas en el imperio romano, y en todo el universo sus hojas, sus flores y sus frutos. Ella trastorna las antiguas instituciones, infunde su espíritu en las hordas del Norte, suaviza el ánimo feroz de los conquistadores, y sobre las ruinas del antiguo mundo álzase el poder de la tiara al lado de la corona de hierro de Carlo-Magno; y entre la confusión y el estruendo de los combates, en aquella mezcla de religión y fuerza, de feudalismo y caballería, en aquellos siglos de los tribunales de amor y las ordalías, en aquella gigantesca lucha entre el sacerdocio y el imperio, camina la sociedad hácia su perfeccionamiento. El feudalismo con todos sus males da un golpe fatal á la esclavitud odiosa de los antiguos, convirtiendo al esclavo en siervo del terruño, cuya organización da origen á la formación de los municipios, cuna de todas las libertades modernas: en tanto que en alas de la fé y el entusiasmo, la ciencia descubre nuevos mundos, y la religión los civiliza; y el movimiento incesante de las naciones, nos muestra una sociedad llena de vida, que va á entrar en un nuevo periodo de su existencia. Por último la historia señala con el dedo las nacionalidades formadas, la libertad de conciencia sancionada en Westphalia, la emancipación del nuevo mundo, la extinción casi completa de las antiguas formas de gobierno, la crisis revolucionaria, que conmueve los cimientos de las decrepitas sociedades, y en medio de todo, el impulso poderoso de la civilización, complicando el problema, cuya solución no puede ser otra sino el ósculo de paz entre la razón y la fé, la armonía entre la Religión y la ciencia, separadas en mal hora por la perversa intención de sus adversarios, ó por el fanatismo indiscreto de sus adoradores.

La crítica tiene un gran escollo que evitar: el espíritu de sistema. Cuando la Crítica se usa rectamente, es el escalpelo de la historia, la piedra de toque de su certeza, la que reconstituyendo los elementos dispersos del mundo, garantiza la verdad de los hechos, y desvanece el ridículo que resultaría de admitirlos todos indistintamente. La Crítica es como un viento impetuoso, que haciendo oscilar las nubes en el espacio, como dudando el rumbo que debe seguir, al observar que oscurecen la clara luz del día, sopla con fuerza, desvaneciendo aquellos mentidos gigantes, y restituyendo su hermosura al limpio cristal de los cielos. Pero cuando la Crítica no lleva más objeto que un sistema, cuando examina los hechos bajo un solo punto de vista, ¡cuántas inexactitudes y errores! ¡Cuántas exageraciones y absurdos! Lejos está de nuestra intención desconocer la importancia incalculable de los trabajos de tantos eminentes ingenios, que son lumbrera de las ciencias, y honor de su siglo; pero no puede negarse que el apego al sistema, ha producido teorías imposibles de admitir por la sana razón. Wolf niega la existencia de Homero, y cree que su poema es una especie de zurcido de diferentes retazos: Vico y Niebhur ponen en duda todos los grandes acontecimientos de Roma hasta las guerras púnicas, admitiéndolas tan solo de un modo simbólico, y Strauss niega la existencia de Jesucristo, fundándose por supuesto, en el Evangelio. Extravíos á que conduce el espíritu sistemático de hombres por otra parte sapientísimos, pero que han tenido la desgracia de ver las cosas por el estrecho círculo de una opinión preconcebida.

Finalmente, la Filosofía de la Historia es la ciencia

de la unidad. Dos son sus objetos: uno general, otro especial. El primero le induce á buscar la ley que dirige las sociedades, la gran razón de sus fenómenos, el enlace de todos los hechos en una gran idea, las causas segundas produciendo sus efectos al influjo de una causa universalísima y necesaria: he aquí la más alta expresión de la Filosofía de la Historia. Por otra parte, vé en cada hecho el cumplimiento de una ley particular, y examinando los principios de donde se derivan las acciones, establece un criterio para juzgar de su importancia y consecuencias. Estudiando las épocas primitivas, se remonta en alas de la inducción y de la hipótesis hasta los tiempos de la formación del universo, arrancando el secreto de la vida del seno de seculares montañas, y creyendo escuchar en el eco que parte de sus profundidades el primer aliento de la existencia del globo. En una palabra, la historia solo estudia el pasado; su Filosofía es la ciencia del pasado y del porvenir. La historia es un inmenso campo de huesos áridos y desunidos, como el que viera en sueños un profeta; la filosofía es el soplo que animando el polvo de los siglos y el esqueleto de las naciones, resucita y enlaza los antiguos sucesos para ejemplo de las nuevas edades. La filosofía de la historia une los hechos más distantes en virtud de la ley de orden que es su lema, y relacionando el paraíso con el Calvario, la cruz con la civilización, todo con el progreso, manifiesta á la sociedad su destino, y su noble misión en la tierra. « Descubrir las leyes que rigen la especie humana, dice Chateaubriand, tomar por base los trabajos de las tres ó cuatro grandes tradiciones extendidas por todos los pueblos de la tierra, reconstruir la sociedad sobre tales tradiciones, del mismo modo que se restaura un monumento que amenaza arruinarse; seguir el desarrollo de las ideas y de las instituciones en esta sociedad, señalar sus transformaciones; inquirir por medio de la historia si existe en la sociedad un movimiento natural, que manifestándose en épocas fijas y situaciones dadas, haga adivinar la llegada de tal ó tal revolución, como se anuncia la reaparición de los cometas, cuyas curvas se han calculado, son verdaderamente intereses inmensos. » Pues estos inmensos intereses son el objeto de la Filosofía de la Historia.

Estas ciencias constituyen progresivamente el conocimiento exacto de la vida de la humanidad: primero investigamos su existencia, después la verdad de sus acciones, y últimamente la armonía de sus complicadas relaciones. La Historia examina los hechos sociales, la Crítica aprecia su exactitud, la Filosofía demuestra su fin. Sucede en la progresión de estas ciencias una cosa parecida á lo que tiene lugar en el estudio de la naturaleza física. Detiénese primero el hombre en la contemplación de su incomparable hermosura; encantan sus sentidos el apacible verdor de los campos, el dulce murmullo de las fuentes, la placida tranquilidad de los prados, el magnífico dosel de los cielos, bordado en estrellas y astros brillantísimos: la luna que retrata su imagen en el limpio cristal de las aguas, como casta doncella que contempla en la soledad su belleza; las nubes que forman mundos flotantes en el espacio, y tantas maravillas como se destacan en el gran panorama de la creación. Y cuando después, saliendo de su éxtasis, advierte la armónica variedad de los fenómenos, el orden sorprendente de las fuerzas, la perfección misteriosa de sus leyes, el admirable enlace de sus combinaciones, cuan-

do distingue las causas y los efectos con sus detalles y circunstancias, humilla fervoroso su frente ante la magestad del hacedor de tantas maravillas, y eleva al Ser supremo desde el fondo de su alma un cántico de acción de gracias, que forme concierto con el himno universal de alabanza con que ensalza su gloria toda la naturaleza.

(Se continuará.)

ANTONIO GAYON.

UN RECUERDO.

« ¡ Mi madre ! mi buena madre !
Es tu hijo quien te llama
Con voz dulce, sí, muy dulce,
Como es dulce tu mirada;
Abre tus rasgados ojos,
Cándidos como la gracia;
Que quiero verlos abiertos
Y en ellos verme la cara:
Siéntame á tu lado y juega
Con mi melena dorada
Y posa tus castos labios
Sobre mis labios de grana . . .
Pero, madre, . . . ¿ no me escuchas ?
¿ Estás conmigo enojada ?
Tú que esas cosas me dices
Cuando me siento en tu falda:
¡ Tú que tanto me acaricias
Cuando vas por la mañana
Tempranito, tempranito
Para besarme á mi cama !
¿ Por qué tan callada hoy
Estás sin decirme nada ?
¿ Por qué no has ido á mi lecho
Para besarme la cara ?
Madre, si te quiero mucho
Y he rezado cual me mandas,
¿ Por qué así me desatiendes ?
¿ Por qué así tan seria callas ?
Dime: ¿ duermes ? no te duermas.
¿ Por qué estas velas no apagas ?
Apágalas, madre mía;
Despiértate, madre amada;
Mira que me pongo malo,
Creyendo que tú estás mala.
Despierta que tengo miedo:
Toca á muerto la campana
Y en mi corazón resuena
Como si por tí tocara;
Mira, mira como lloro:
¿ Por qué no bebes mis lágrimas,
Como otras veces lo hacías

Cuando otras veces lloraba?
 ¿No contestas . . . ? Ya me voy,
 Puesto que duermes y callas
 O finges que estás durmiendo,
 Y solo estás enfadada;
 Mas no: á tu lado me siento:
 Cuando me quieras, me llamas,
 Y tú beberás mi llanto
 Y yo besaré tu cara,
 Y jugarás, madre mía,
 Con mi melena dorada »
 Y allí se quedó llorando
 Sin saber por qué lloraba,
 Y no le llamó la madre
 Ni nunca más le llamara,
 Que estaba el cuerpo sin vida
 Y con Dios estaba el alma;
 Y sin comprender el niño
 Que su madre muerta estaba,
 Quedó ¡inocente! durmiendo
 En la tristísima estancia
 Do reposaba el cadáver
 De la madre de su alma,
 ¡Feliz él, si de aquel sueño
 Tan dulce no despertara!
 ¡Feliz sí! que ya estaría
 Donde su madre se halla.

20 Agosto del 71.

FELIPE PLÁ.

REFLEXIONES SOBRE LA IMPORTANCIA HISTÓRICA DE LA GEOGRAFÍA.

Cuando el hombre examina detenidamente los elementos constitutivos de nuestro globo. Cuando descende á minuciosos detalles, describiendo los varios sistemas de montañas de los que parten infinitas cordilleras, designando la estructura material de los diferentes terrenos. Cuando nos pone á la vista un cuadro en que aparecen delineados los valles, colinas, bosques y desfiladeros. Cuando hace una detenida reseña de las aguas, considerándolas divididas en dulces y saladas, y dando á las mismas los nombres de mares, golfos, lagos y rios, segun la forma que reciben al combinarse con la parte sólida de nuestro planeta. Cuando atrae nuestra curiosidad, midiendo en un rio principal sus diversos ángulos de confluencia, estudiando la region hidrográfica de sus varios afluentes y el número de brazos que comprende su delta, y calculando, en fin, la altura de sus riberas, diferencia de nivelacion, su curso, origen y desagüe. Cuando nos hace ver la influencia que la atmósfera ejerce en todos los seres de la creacion, clasificando, además, los vientos en suaves, fuertes y huracanados. Cuando explica, por último, todos los fenómenos que se realizan en el universo, como igualmente la riqueza que

proporcionan los productos minerales, vegetales y animales, y otras muchas cuestiones que abraza la ciencia que llamamos Geografía. Cuando el hombre, repito, realiza todo esto, entonces proporciona á la sociedad un beneficio de incalculable valor; entonces es, á no dudarlo, previsor, grande y digno de memoria, ensanchando así el vasto horizonte de esta ciencia, á pesar de considerarla bajo el punto de vista meramente descriptivo.

Pero cuando el hombre hace en ella un estudio comparativo de todo lo que en la misma describe, exponiendo la importancia que han tenido y tienen en las sociedades antiguas y modernas la parte sólida y líquida del globo. Cuando hace revivir en nuestro pecho los sentimientos más religiosos, dulces y sublimes, al describir un punto cualquiera de la superficie terrestre. Cuando nos presenta bajo todos conceptos el mapa geográfico de un país, deduciendo por este medio el mayor ó menor grado de civilizacion y cultura de sus habitantes, sus costumbres, religion y gobierno, entonces, aleccionado por los ejemplos de la experiencia, es mucho más previsor de sí mismo y mucho más grande y digno de mencion, respecto de las generaciones presentes y venideras; entonces es cuando estudia la Geografía bajo el punto de vista histórico: y no puede ponerse en duda que esta ciencia, así considerada, reporta beneficios indefectiblemente mucho mayores, y es de una importancia sin límites para la vida intelectual y material de los pueblos.

En efecto, las más altas montañas, las llanuras más dilatadas, los rios más caudalosos, las ciudades más populosas, atendiendo á la historia, no tienen en verdad la importancia de algunos montes, llanuras, rios y ciudades insignificantes.

En tal caso, nadie puede poner en duda que el Horeb, el Sínai y el Carmelo, geográficamente considerados, no pueden menos de ocultar la vergüenza de su pequeñez en presencia de las elevadas cimas del Himalaya; pero ¿qué grandes no se presentan á los ojos de nuestra inteligencia al recordarnos los memorables y maravillosos sucesos del pueblo de Dios, y la morada del profeta Elías?

Las llanuras de Cannas, Farsalia, Maraton, Arbelas y los campos en donde existió la famosa Troya nada significan al lado de las grandes sabanas de América y del Asia septentrional; pero ¿cuánta importancia histórica no encierran, trayéndonos á la memoria los hechos de armas más gloriosos, realizados por los más intrépidos é ilustres capitanes de la antigüedad?

El Guadalete, el Rubicon, el Eurotas y el Gránico no son otra cosa, sino pequeños filamentos de agua comparados con el de las Amazonas y el Misisipi; pero ¿qué ideas no nos despiertan aquellos nombres, al saber que sus márgenes fueron regadas con la sangre de tantos valientes?

Nadie, en fin, se atreverá á dudar que Sagunto, el cabo Sunio y la isla de Santa Helena no tienen respectivamente la importancia geográfica de Londres, Buena-Esperanza y Nueva-Holanda; pero ¿quién no se siente arrebatado de amor patrio al evocar los gloriosos nombres de ese promontorio y de esa heroica ciudad? ¿Quién al fijar su vista en la roca de Santa Helena no comprende desde luego que el recuerdo de su nombre es imperecedero, porque ella representa todo cuanto la gloria y el infortunio tienen de más grande para la humanidad?

Por otra parte, no podemos menos de reconocer la influencia que la tierra ejerce sobre los destinos de las naciones. Las grandes montañas, á la vez que sirven para modificar los climas, vienen á ser los límites naturales y los primeros medios con que cuenta un país para defenderse de un ejército invasor; son, por decirlo así, como un antemural en donde generalmente ha venido á estrellarse el genio militar de los más insignes conquistadores. Lo mismo podemos decir de los grandes desiertos y pantanos.

En efecto, ¿cuán inmensos sacrificios no constó á las huestes del grande Anibal el paso de los Alpes? Cuántas penalidades no experimentó, y cuántos obstáculos no tuvo que vencer para realizar la difícil empresa de invadir la Italia? Cuántos peligros no arrojó el invicto Alejandro en sus conquistas, al atravesar los abrasadores desiertos de la Carmania, las cenagosas regiones del Penjab, y los artiesgados ventisqueros de los montes Paropamisos? Cuántos, en fin, y cuán indecibles no fueron los desastres ocurridos á la Francia al penetrar en los helados desiertos de la Rusia?

Pero si la influencia de la tierra es grande en la vida de los pueblos, no es menor la importancia de las aguas en la historia.

En tal concepto, si nos fijamos detenidamente, no podremos menos de convenir en que los grandes mares y la mayor parte de los rios, no solamente vienen á constituir, como sucede con las grandes montañas, las fronteras de los estados, sino que tambien representan perfectamente los tiempos antiguos, medios y modernos.

Quién, sino, al nombrar el Nilo, el Jordan, el Eúfrates, el Gránico, el Iudo, el Eurotas, el Tíber y el mar Mediterráneo, no ve reasumidos en ellos todos los sucesos que tuvieron lugar en la edad antigua? Quién podrá negar que el Danubio simboliza por sí solo todos los hechos realizados en Europa, durante la edad media? Quién, por último, no conoce que el Rhin, el Sena, el Támesis y el Océano son, digámoslo así, el teatro en donde han ocurrido todos los acontecimientos de la edad moderna?

Por otra parte, los mares vienen á ser indudablemente los más seguros baluartes y los más importantes medios de defensa de que dispone un país: por eso la Inglaterra ha podido y puede aun desafiar impunemente á las naciones más poderosas. En cuanto á los rios, observamos que, por lo general, se encuentran colocados en el centro de una comarca; á estos deben su fertilidad los deliciosos valles, y los pueblos su civilización y prosperidad: ejemplo de esto son el Nilo, el Eúfrates, el Ganges y otros. Así es que la mayor parte de las poblaciones de más importancia aparecen situadas sobre las riberas de los grandes rios, y sobre las costas de los mares: díganlo, sino, Sanpetesburgo, Constantinopla, Londres, Lisboa, París, Roma, Venecia y otras. Pero, si bien es verdad que los rios contribuyen al total desarrollo de la agricultura, industria y comercio, no podemos, sin embargo arrebatarle al mar el honroso título de protector de los pueblos, y de ser al propio tiempo la base fundamental de la cultura y poderío de los mismos. Así vemos que, cuanto más ocupada se encuentra una region por golfos profundos, por numerosos estrechos, y por penínsulas muy salientes, tanto mayor es su riqueza, tanto mayor su poder y su fama, tanto más digno su renombre: por eso hoy la Europa es induda-

blemente la dominadora del mundo, como lo fué el Asia en épocas más remotas.

Por consiguiente, antes de terminar estas sucintas reflexiones, solo harémos notar que no es bastante que el hombre conozca los distintos países en que han sobresalido los grandes genios, como Nemrod, Sesostris, Ciro, Alejandro, Cesar, Mohamet, Carlo-Magno, Gengis-Khan, San Luis, Cristobal Colon, Luis XIV, el gran Napolen y el inmortal Cervantes; necesita además tener una idea exacta así del tiempo en que florecieron tan ilustres varones, como de su vida política, social y literaria; en resúmen, el estudio de la naturaleza ha de ir precisamente unido con el de la humanidad; pues entre ambas existen los más indisolubles vínculos, siendo la influencia que la primera ejerce sobre la segunda tan admirable como cierta. Oigamos, sino, como se explica el célebre Cousin lleno del mayor entusiasmo.

«Quién de vosotros piensa, que los lugares de la tierra que habita, el aire que respira, las montañas ó rios que le rodean, el clima, el calor, el frio y todas las impresiones que causan, en una palabra, que el mundo exterior puede serle indiferente, y no ejerce sobre él ninguna influencia? ¿Pensais vosotros, se cree por ventura, puede alguno imaginar que jamás ha llegado nadie á persuadirse que el hombre de las montañas, tenga ni pueda tener los mismos hábitos, el mismo caracter, las mismas ideas, y sea llamado á representar en el mundo, el mismo papel que el hombre de la llanura, que el de la ribera y el isleño? ¿Creeis por ejemplo que el hombre á quien consume el calor de la zona tórrido, es llamado al mismo destino que el que habita los helados desiertos de la Siberia? Por estas razones, cuanto se dice acerca de los dos extremos de la zona helada y de la zona tórrida, es aplicable igualmente á los lugares intermedios y á todas las latitudes. Presentadme el mapa de un país, su configuracion, su clima, sus aguas, sus vientos, y toda su geografia física: presentadme sus producciones naturales, sus flores, su zoología &c.: y yo os diré *a priori* cuál es el hombre de este país y el rango que este país ha de ocupar en la historia, no accidentalmente, sino por necesidad; no en una época dada, sino en todas: yo os diré por último la suerte de uno y otro.»

¡Cuánta verdad encierran las palabras de este insigne escritor!

En efecto, el hombre de la montaña, relativamente considerado, es por lo comun de una fuerza extraordinaria, á causa de su constitucion física y de su musculatura excesivamente vigorosa, muy dado á la caza y amante del trabajo y de la virtud; y al par que grave y severo es hospitalario y generoso; fiel observador de las instituciones de sus antepasados y defensor infatigable de la independenciam de su patria; y así como por lo regular no falta nunca al cumplimiento de su palabra, tampoco retrocede ante el peligro. Además, por su temperamento linfático, y porque generalmente predomina en él la inteligencia más que la imaginacion, producto todo ello tal vez de la aspereza del terreno en que vive, es pensador y calculista; por cuya razon le vemos la mayor parte de las veces dedicarse al estudio de las ciencias exactas, físicas y naturales, y con preferencia al de la filosofía.

Por el contrario, el hombre de la llanura es más comunmente de una constitucion física, debil y poco vigorosa, es casi siempre amigo del ocio y de los pla-

ceres; y al par que maneja con habilidad suma la astucia y el engaño, es muchas veces desleal y algun tanto veleidoso respecto de las leyes, gobierno y religion de sus mayores, resignándose tambien casi gustoso á soportar el duro yugo de la esclavitud; y por eso en su alma no brilla tan esplendorosa la sacrosanta idea de independencia; y como por lo general es algo afeminado, retrocede con facilidad ante los peligros que le amenazan. Y por ser además su temperamento predominante el bilioso, y poseer al mismo tiempo una imaginacion ardiente y fecunda, consecuencia quizá del encanto que producen el arroyuelo que se desliza riente por la verde pradera, y las deliciosas florestas que esmaltan el anchuroso valle en que habita, se ocupa con predileccion del estudio de la poesia y de la bella literatura.

He aquí, querido lector, ligeramente reseñado con algunas excepciones, los principales caracteres que distinguen respectivamente al montañés y al hombre de la llanura; pudiéndose decir lo mismo con poca diferencia respecto del isleño y del hombre de la ribera; del que habita las heladas regiones del Norte, y del que vive en los templados climas del Sur.

Ahora bien, en vista de las razones que quedan apuntadas, no podemos ni debemos descuidar el interesantísimo estudio de la Geografía, en sus tres fases de astronómica física y política con relacion á la Historia; antes bien, debe ocupar en nuestra mente un lugar de preferencia; pues si así no fuera, no podría ciertamente concebirse la existencia del hombre en este mundo, como ser perfectible y social. Primeramente, no se valdria de los medios necesarios para poder sobrellevar en sus viajes los intensos frios de los polos, y el insoportable calor de los desiertos más abrasadores; no podría tampoco dirigirse con rumbo fijo á un punto dado de la tierra, ni le seria posible por otra parte realizar con ventaja sus negocios industriales y mercantiles; en una palabra, viviria como los brutos; y en tal caso dejaria de llamarse hombre.

De modo que, considerando esta ciencia bajo el punto de vista histórico que es como, segun nuestra opinion, debe considerarse, no nos parece fuera de propósito concluir este artículo definiéndola con Mr. Eduardo Braconnier del modo siguiente: *Geografía es la descripcion de la superficie del globo, considerado como mansion de los hombres.*

TOMÁS PERIAGO.

BIBLIOGRAFIA.

CUADROS CONTEMPORÁNEOS POR D. JOSÉ CASTRO Y SERRANO.

Atendido el incremento que en nuestra patria ha tomado la publicidad, de algunos años á esta parte, la aparicion de un nuevo libro no tan solo no es un acontecimiento para nadie, sino que por el contrario es un hecho que pasa desapercibido para la generalidad de las gentes. Hoy que todas las esquinas se nos ofrecen luciendo cada dia un distinto y abigarrado traje con pomposos carteles de nuevas publicaciones; hoy

que la última página de casi todos los diarios nos dá cuenta de un sin número de obras que comienzan á ver la luz pública, y hoy que ni aun respetando la inviolabilidad del domicilio, se nos cuelan á cada instante por nuestras puertas los prospectos y las primeras entregas de innumerables publicaciones, la aparicion de una obra cualquiera no logra por lo general que en ella se fije la atencion, como no sea para exclamar ¡ un libro más!

Hay sin embargo algunas que rompiendo el hielo del indiferentismo, circulan de mano en mano, siendo el encanto y el deleite de los amantes de lo bello y que contribuyen á formar la verdadera literatura patria contemporánea, descollando entre las demás y siendo para el discreto lector, entre el inmenso farrago de publicaciones que estragan el gusto ó pervierten el ánimo, como el delicioso oasis que encuentra el viajero perdido en los vastos arenales de la Arabia: á este corto pero preciado número pertenece la que con el título de *Cuadros Contemporáneos* ha publicado el eminente literato D. José de Castro y Serrano. El solo nombre de su autor es ya una alta garantía para todos aquellos que conozcan *Las cartas trascendentales*, *La novela de Egipto* ó cualquiera otra de sus obras: la galanura de la frase, lo castizo del lenguaje, la novedad en los pensamientos, las brillantes imágenes, y muchas otras bellezas patrimonio, digámoslo así, de este escritor, resaltan á cada paso en su última publicacion. Nada más lejos de nuestro ánimo que escribir un juicio critico de esta obra; conocemos nuestra insuficiencia para semejante trabajo, y al ocuparnos de ella lo hacemos con el solo fin de mostrar, siquiera sea no más que algunas, de las infinitas bellezas que en ella se encuentran.

Los Cuadros Contemporáneos, como su mismo título indica, son una coleccion de fotografías sacadas por su autor de la vida actual de nuestras sociedades y transmitidas por él al papel con la misma verdad, con la misma precision en los detalles con que reproduce los objetos reales la cámara oscura de una máquina fotográfica; añadid á esa precision, á esa verdad, á ese gran conocimiento del corazón humano, añadid, pues, á esas ya por sí lindas fotografías el brillante colorido de la paleta de Murillo ó de Rafael y entonces tendreis lo que son los *Cuadros Contemporáneos*.

El primer cuadro del Sr. Castro y Serrano, ó mejor dicho la primera coleccion de cuadros, pues tal es como deben considerarse cada uno de sus artículos, está dedicado al libro considerándolo en su infancia y en su virilidad; segun el autor « El libro constituye por sí solo el cuadro que quizá caracteriza mejor la sociedad contemporánea » y no habrá quien no participe de esta misma opinion desde el momento en que haya leído el que con ese título nos ofrece el Señor Castro y Serrano; visto el inmenso partido que de él ha sacado, vistas las verdaderas y delicadas escenas que en él nos pinta y vista la Sociedad actual al través del libro, nadie podrá dudar que éste constituye efectivamente el cuadro que mejor caracteriza la Sociedad de nuestros dias.

Ocupase después de las Exposiciones Universales, bajo el punto de vista de lo que son y de como son y entonces el autor de *España en Londres* y *España en Paris*, con ese talisman precioso dado solo al génio, trasporta al entusiasmado lector á aquellos sitios que él recorriera y que tan bien nos tiene descritos en las dos obras anteriormente citadas; embargando nuestros sentidos con el magnifico espectáculo que nos presenta

guiándonos con la fuerza de su imaginación en aquel laberinto, cual Virgilio guiara al Dante en los intrincados círculos del infierno.

« Como se baila y cuál son las tendencias del espíritu moderno contra los abusos del baile » es el asunto del tercer cuadro subdividido como todos los demás en dos capítulos; el primero titulado El Can-can, el segundo Capellanes, Mabilles y Cremorne-Garden: sentimos que la falta de espacio y las cortas dimensiones de este artículo no nos permita copiar algunos trozos de ellos, pues esta sería la mejor manera de dar á conocer las innumerables bellezas que contienen, igualmente que las profundas reflexiones filosóficas que como al descuido deja emitir su autor y que no pueden por menos de hacer el encanto de los lectores.

El cuarto de los cuadros comprende, El Refugio de las Letras y el Panteon de las Artes. El primero es la historia del Ateneo de Madrid, su nacimiento, su reorganización, su desarrollo y su apogeo, descritos con la galana originalidad que sabe dar á sus obras el Señor Castro y Serrano y con esa belleza y sencillez en la forma, al par que profundidad en el fondo, que constituye la difícil *facilidad* que caracteriza al autor de las Cartas trascendentales. El segundo es un recuerdo á los artistas españoles contemporáneos bajados á la tumba, cuando comenzaban á recoger el laureo de sus trabajos. ¡Qué sentimiento, qué poesía y qué verdad se encuentran en cada uno de los retratos que de ellos hace! Nosotros que nos honramos con la amistad de algunos, hemos podido apreciar toda la propiedad y todo el mérito de ese cuadro que es á un tiempo la triste elegía del poeta que llora al amigo y la corona de laurel que coloca el genio sobre la tumba de los artistas españoles.

Sirven de final á la obra las dos preciosas novelitas Cuerdos y Locos y El sobrino de Tántalo; que su autor reúne bajo el modesto título de Historias vulgares: no diremos de estas más que dos cosas que bastarán á mostrar nuestra pobre opinión sobre ellas; la una, que si en nuestra mano estuviese el cambiarles el nombre con que su autor las ha calificado, dejaríamos de llamarle Historias vulgares y les diríamos Joyas preciosas; la otra, que deseamos con ansia la continuación de la serie con ellas comenzada, y que suplicamos al Señor Castro y Serrano continúe dándolas á luz para bien de las letras españolas, que tanto esperan todavía de su fecunda pluma.

JULIO MELLADO.

A TÍ . . .

ADORACION.

¡Cuán grato es tu recuerdo, mujer encantadora!
¡Cuán dulce es á mi labio tu nombre pronunciar!
Tú eres la bella imagen que el corazón adora,
el ángel misterioso que vela mi soñar.

Por tí la vida ansío; del mundo los placeres
desprecio al consagrarle la ofrenda de mi amor:

cual flores pasajeras admiro otras mujeres
sin aspirar su aroma precioso, embriagador.

Tú eres la hermosa virgen de cándida mejilla
que en horas de delirio la mente concibió;
la luz que en tu mirada fascinadora brilla
cual lámpara de amores mi pecho iluminó.

La plácida sonrisa que anima tu semblante
es la expresión sublime de un alma celestial:
tu voz es cual suspiro de brisa murmurante
ó de arroyuelo flébil que trenza su cristal.

Tú eres la flor lozana que mi angustiada vida
purísima enbellece, simpática mujer;
tu imagen adorada doquier reproducida
encuentra el pensamiento con mágico placer.

Si miro esos fanales que fúlgidos inundan
los cóncavos serenos del célico confin
y cuyas ondas de oro espléndidas circundan
espacios asombrosos, ingravidos, sin fin;

Si en la callada noche, la blanca luminaria
retrata su luz pálida en el cerúleo eden
cual virgen misteriosa que vaga solitaria
bañando en las lagunas su nacarada sien;

Soñando sus amores la inquieta fantasía,
sorprende de tus ojos el lúcido mirar
y en la nocturna diosa traduce el alma mía
tu gracia, tu belleza, tu encanto singular.

Si besa enamorada los pétalos nacientes,
el aura bullidora, de la purpúrea flor
ó lanzan sus gemidos las diamantinas fuentes
que su cristal desatan con plácido rumor.

Al escuchar su acento, temblante el pecho mío
tu nombre reproduce con loco frenesí,
pensando en su amoroso, intenso desvarío
que esos suspiros tiernos emanan ay! de tí.

Y es que te adoro tanto, preciosa criatura,
que ignoro si es que vivo ó muero por tu amor,
si es ilusión ó sueño, fantástica locura
ó realidad, el fuego que siento abrasador.

¡Virgen de mis amores! Si de mi ardiente fuego
los céfiros el eco llevaron á tí ya,

recibe el ay! que exhala un corazón de fuego
que á tí sola en el mundo su fé consagrará.

¡ Cuán grato es tu recuerdo, mujer encantadora!
¡ Cuán dulce es á mi labio tu nombre pronunciar!
Tú eres la bella imagen que el corazón adora,
el ángel misterioso que vela mi soñar!

EDUARDO HERRAIZ.

El jurado calificador de las composiciones presentadas para el Certámen que, en honor del célebre Miguel de Cervantes Saavedra, ha de celebrar este Ateneo el día 23 del presente mes, ha sido constituido en la forma siguiente, según se nos comunica para su publicidad por la Dirección de dicho Establecimiento.

Presidente: Sr. D. José Selgas y Carrasco, de la Academia Española, como redactor del ATENEO LORQUINO.

Vicepresidente: Sr. D. Julio Mellado-Pérez de Meca, Director del Ateneo, en representación de su Junta de Profesores.

Sr. D. Pedro Muñoz y Peña, Licenciado en Filosofía y Letras, en representación del claustro de señores Catedráticos del Instituto local de 2.^a enseñanza de esta ciudad.

Sr. D. Carlos María Barberán, Licenciado en Jurisprudencia, en representación de los Señores Socios del Ateneo.

Sr. D. Francisco de Paula Mata, Doctor en Sagrada Teología, en representación de los Señores que no pertenecen á dicho Establecimiento.

Damos las gracias á nuestros queridos colegas la Avanzada de Lorca, la Crónica del Segura, el Ideal Político, el Derecho, el Aguijón y la Paz de Murcia, el Magisterio Español, la Gaceta Escolar y el Café, de Madrid; el Ateneo de Vitoria, la Benaxensa, de Barcelona, la Revista Sevillana y la Voz de la Juventud, de Sevilla; el Eco del Centro de Lectura, de Reus; el Porvenir Alavés, Mefistofeles y la Voz de Cadiz; Boletín de los Maestros de 1.^a enseñanza de la provincia de Soria; el Vínculo Profesional, de Teruel; el Magisterio de Ciudad Real; el Compañerismo y el Recreo de las Familias, de Valencia; el Criterio, de la Coruña; la Correspondencia y el Gil Blas, de Madrid; y á todos los demás que han insertado ó extractado el Certámen, que ha de celebrar el Ateneo en el aniversario de Cervantes, y cuya reproducción rogábamos á nuestros compañeros de la prensa.

Sabemos que la « Crónica de los Cervantistas » de Cádiz, piensa publicar un suplemento en el aniversario de la muerte de Cervantes, insertando poesías y artículos alusivos á la solemnidad. También se ha dicho que publicará otro el acreditado periódico « la Ilustración Española y Americana » En la misma ciudad de Cádiz se celebrarán dicho día unas honras fúnebres en memoria del insigne escritor. Prepáranse soirés

literarias en varias poblaciones importantes: los Ateneos y Academias se disponen á conmemorarlo solemnemente, y raro será el centro científico que no dedique algún recuerdo en ese día al inmortal autor del Quijote.

En la sesión que tuvo lugar en el Ateneo el día 3 del mes pasado, pronunció D. Miguel Escobar un discurso, sobre el siguiente tema: « La ley es la garantía del estado social, y en su observancia se funda el bienestar de las naciones. » D. Rafael Domínguez habló sobre las funestas consecuencias del Racionalismo, y la excelencia de la filosofía católica para curar los males que aquel produce. Ambos oradores fueron justamente aplaudidos por la concurrencia. Leyéronse también varias poesías: una el Director D. Julio Mellado, titulada: « Dolor y Soledad. » otra D. Antonio Gayón, titulada: « La Cruz y la Tumba, » y la última D. Tomás Periago, con el epígrafe: « A Dios en favor de mi patria »

Las señoritas D.^{as} Carmen Cánovas y D.^a Teresa Mazzuchelli ejecutaron en el piano con la maestría que les es propia agradables y difíciles piezas musicales. La inspiración de su alma se difundía condensada en los sonidos por los ámbitos del salón, comunicando una dulce complacencia á cuantos tenían el placer de escucharlas y admirar la perfección del arte unida á la de la naturaleza. Rogamos á estas simpáticas Señoritas no olviden en las demás sesiones que esta sociedad espera con ansia el momento de admirar de nuevo sus encantos, sublimados por la inspiración de sus aventajadas dotes artísticas.

Tenemos mucho gusto en complacer á nuestro estimado colega *Et Compañerismo* publicando lo que sigue.

Habiendo fallecido D. Eduardo Gonzales, que se hallaba en Madrid al frente de la empresa editorial del ya tan conocido método de escribir, titulado « La Escritura Ilustrada », el autor, su hermano, D. Francisco de Paula González, y Maestro titular de Valencia, que habita en la calle de Trinitarios, número 2, ha tomado á su propio cargo la dirección de aquella. Su carácter particular y otras circunstancias exigen que la parte administrativa se centralice en Sevilla, á nombre de su amigo D. Francisco de Cueto, calle de Cervantes, núm. 9. Del depósito de Madrid, continúa encargado D. José Oyanguren, plazuela de la Leña núm. 1, 2.^o

ADVERTENCIA.

Habiendo terminado con el presente número el tercer trimestre de nuestra *Revista*, rogamos á los Señores que deseen renovar la suscripción, que lo hagan á su debido tiempo, para que de este modo no experimenten retraso alguno en su recibo. También suplicamos á los suscriptores que se hallen en descubierto por cualquiera de los trimestres, se sirvan remitir su importe en sellos de franqueo, á fin de que esta *Redacción* pueda finalizar sus cuentas.